

Álbum de Praga

Me hallaba desde hacía unos días en Praga, en una breve visita empañada por los rezagos de un invierno con muchas nieblas. Me fue difícil resignarme a una visión tan gris de esa ciudad famosa por su belleza. Deprimente el cielo y extrañas, casi terribles en la bruma, las estatuas del Puente. Silenciosas las calles.

Recorría una mañana un sector casi desierto, no lejos del barrio judío, y donde resonaban metálicos los pasos. Crucé por una esquina con un surtidor de hierro, de los que había otros en las calles cercanas. Seguí por un pasaje y desemboqué en una arteria solitaria, bordeada por casas de pináculos que se alternaban con otras de fachadas barrocas. Apenas si se escuchaba a lo lejos el rumor de un tranvía. Estaban encendidas las farolas. De pronto me di con la mampara entreabierta de un establecimiento, que resultó ser una librería. Ingresé con cautela. En los anaqueles se alineaban decenas y decenas de volúmenes antiguos. A la luz de un quinqué un hombre leía.

Un hombre de edad, calvo, delgado y muy alto, como pude comprobar luego. Alzó la cabeza y me observó por encima de sus gafas. No se asombró por mi apariencia, para él exótica, y me estudió con la tranquila atención de una persona acostumbrada a ver gentes de otras latitudes. Se levantó, después, y vino a mi encuentro. ¿Qué decirle? ¿Que había entrado movido por un impulso suscitado por la vista de los libros? ¿Cómo hablarle, si yo no sabía ni una palabra de checo?

Me incliné, en gesto de saludo. Él hizo lo mismo, y me dirigió una frase a la que no supe cómo responder. Ensayé unas palabras en mi deficiente alemán. Me miró sin entender. Apelé al inglés, y después al francés, con el mismo resultado. Se me ocurrió mostrarle mi pasaporte, señalando el nombre del Perú. Le mostré mi permiso de residencia en París. El viejo señor comprendió y asintió lentamente, y con un gesto me dio a entender que podía mirar con toda libertad en los estantes.

Así lo hice, pero al cabo de un momento él se acercó a uno de ellos, abrió una gaveta y me llamó en su idioma. Me aproximé con expectativa. Era verdad que había entrado allí por curiosidad, y que no había pensado en preguntar por obras referentes a mi país. Pero quizá, pues, por obra del azar, e interesado como estaba en la literatura de viaje, encontraría allí una obra que no hallaría entre los vendedores de libros viejos de las riberas del Sena. ¿Por qué no?

No me vi defraudado, pues lo que el librero puso ante mi vista era un viejo álbum de encuadernación lujosa. En sus páginas se sucedían textos manuscritos, de una letra muy bella, e ilustraciones coloreadas. El huésped murmuró algo y me invitó a tomar asiento frente a su escritorio. Allí pude hojear con toda comodidad el ejemplar. Juzgué por la escritura que se trataba de un documento de fines del siglo XVIII. No tenía falsa portada, ni aparecía el nombre del artista. En lo alto de las hojas se había anotado el día y mes en que habían sido trabajadas las estampas, mas no el año. El idioma era en unos casos el alemán, y en otros una lengua que podría ser el checo o el húngaro. La temática revelaba que el volumen recogía impresiones e imágenes de una visita a Lima, en el curso de un viaje por América del Sur.

Las acuarelas, o dibujos coloreados a la aguada, no eran muy numerosas, pero sí de buena calidad. Mostraban tipos, ropajes, vistas de iglesias y conventos, panoramas, monumentos y detalles de arquitectura de nuestra capital, en ese repertorio a que nos han acostumbrado los ilustradores de la primera mitad del siglo XIX. El diseño era leve, dúctil la pincelada, bien logradas las formas, y delicados aunque a veces desvaídos los colores. La objetividad del

documento no se oponía a una gracia poética muy particular, casi onírica en algunos casos.

Examiné una y otra vez el álbum, ante la mirada del propietario, que asistía con paciencia a esa contemplación deslumbrada. Consideré inútil todo intento de pregunta sobre la procedencia del tesoro, y más utópico aún sobre el autor. Traté más bien de averiguar con ademanes cuál era el precio. El librero escribió en un papel una cifra, que de primera intención podía parecer elevada, pero que no lo era si uno se atenía a la autenticidad, la rareza y la calidad del conjunto. Cumplí con el rito de consultar mi billetera, en la que no tenía, por cierto, una cantidad semejante. Me valí otra vez de los gestos para dar a entender que tendría que ir a mi hotel, y que traería la suma indicada. El dueño asintió con una sonrisa y me acompañó hasta la puerta.

Emprendí el camino hacia mi alojamiento. Una feliz casualidad ponía en mis manos ese hermoso álbum de acuarelas, no registrado, hasta donde yo podía recordar, en la iconografía peruana. Una serie que yo exhibiría orgulloso en mi biblioteca. Es cierto que para poder adquirirlo tendría que poner fin a mi estancia en Praga, y cancelar el viaje que tenía previsto a Hungría, pero valía la pena. Era una oportunidad que no se volvería a repetir. Llegué, pues, a mi alojamiento, tomé el dinero que necesitaba, y con igual prisa me encaminé de regreso a la librería. Sólo entonces advertí que no me había fijado en el nombre de la calle donde estaba situada. Y, cuando reparé en mi descuido, era ya tarde.

En vano traté de reconstruir el itinerario de la mañana, a partir del sector de los surtidores de hierro. Inútilmente recorrí arterias y plazas. Fueron pasando las horas y el cansancio me obligó a renunciar a mi empeño. Acudí al día siguiente a un español, que residía desde hacía un tiempo en la ciudad, y juntos exploramos ese sector y otros colindantes. Preguntó él en otras librerías, pero no conseguimos nada. Y así, finalmente, tuve que desistir. No, no sería mío ese álbum ni podría estudiarlo jamás. Me marcharía, y se quedarían en ese local recóndito sus páginas, sus iluminadas páginas, en las que se representaba, con enigmática delectación, una Lima lejana e irrecobable.

FOTO HORIZONTAL
VALLE DEL MANTARO